

Colaboración en el corazón de la misión

La colaboración ‘con’ y ‘para’...

Santa Cruz de la Sierra, 9 de marzo de 2016

*“El Hijo no puede hacer nada por su cuenta,
sino lo que ve hacer al Padre:
lo que hace él, eso también lo hace igualmente el Hijo”.*
Juan 5, 19

Introducción

1. Las líneas que se ofrecen a continuación, buscan clarificar el sentido y los modos de la *Colaboración*, en la construcción de un mundo mejor para todos/as. Son el fruto de la reflexión compartida por un grupo de laicos/as y jesuitas en los Encuentros del Sector „Colaboración“ de la Conferencia de Provinciales de América Latina – CPAL¹, y recoge los aportes de las distintas Provincias, como expresión de un proceso rico y complejo que no puede reducirse a un solo punto de vista y que sigue en construcción.

1 Quito 2008, Lima 2010, Santiago de Chile 2012, Santo Domingo 2014, Lima 2015, Santa Cruz de la Sierra 2016.

2. La “Colaboración” es un término que se entiende de forma diferente en distintos contextos de la Compañía de Jesús: a veces se refiere al trabajo de compañeros/as, de sujetos apostólicos, de personas corresponsables en la misión, de colegas, colaboradores o socios en una obra particular. El rasgo común de estas expresiones es el sentirnos asociados apostólicamente **‘con’ otros, ‘para’ realizar una misión común**. Utilizamos la palabra «colaboración», siguiendo el decreto 6 de la Congregación General 35^a.

3. Este documento se ha escrito para personas vinculadas en distintos grados con la Compañía de Jesús, sus comunidades, obras y proyectos apostólicos; también quiere llegar a simpatizantes de la espiritualidad ignaciana, lo mismo que a hombres y mujeres de buena voluntad que, inspirados por el carisma ignaciano, han unido sus esfuerzos a proyectos a lo largo y ancho de nuestro continente.

Origen y sentido de la colaboración

4. La colaboración tiene su origen en Dios, que para nosotros es Comunidad de Amor y Colaboración. La Santísima Trinidad, Padre, Hijo y Espíritu Santo, constituye una plena unidad, que se hace colaboración en su obra creadora y salvadora: “Mi Padre trabaja hasta ahora, y yo también trabajo” (Juan 5, 17). Así como Cristo se inspira en lo que ve que hace su Padre, así nosotros nos sentimos invitados a colaborar con la obra misma de Dios en nuestra historia, para hacer posible la vida abundante para todos (Cfr. Juan 10, 10), en comunión con Dios, con los demás y con la creación (Cfr. CG 35^a. D. 3, 12).

5. Por ello, la persona inspirada en la fe cristiana, se siente enviada a amar aquello que Dios mismo ama: el mundo, con toda su riqueza y diversidad, para que los hombres y las mujeres vivan felices. Dios nos llama a un estilo de vida que testimonie precisamente estos regalos que hemos recibido y que queremos compartir. Una de las gracias renovadoras del Concilio Vaticano II fue el impulso de una Iglesia pueblo de Dios, sujeto y protagonista de la evangelización. En la Iglesia, todos los bautizados

somos colaboradores de pleno derecho, convocados a trabajar unidos con un mismo espíritu, como respuesta al llamado de Dios.

6. Por tanto, podemos decir que la colaboración es una forma de experiencia Trinitaria, una manera de vivir la fe, un dinamismo de asociación espiritual, efectiva y afectiva que construye comunidad cristiana e impulsa redes apostólicas locales, nacionales, continentales y globales, que nos conectan más allá de nosotros mismos con una gran diversidad de personas de buena voluntad que comparten los mismos ideales. El sentido último de la colaboración es la participación en la misión creadora y salvadora de Dios, que nos ha querido asociar a su obra.

Obstáculos para la colaboración

7. Como en la experiencia de Ejercicios Espirituales, tenemos que comenzar por hacer conscientes los posibles obstáculos que de modo personal o estructural, pueden bloquear la fuerza creadora y salvadora de la colaboración. El individualismo, el protagonismo, la autosuficiencia, la discriminación, los prejuicios, la competencia y el clericalismo, son algunos de los posibles impedimentos que limitan la dinámica de la colaboración entre nosotros.

8. El mundo que nos ha tocado vivir, nos impulsa cada vez más a la colaboración, cuando nos ofrece canales de comunicación más fluidos, fuerzas que conectan más fácilmente procesos locales y globales, la conciencia creciente de interdependencia, la necesidad que sentimos de no caminar solos sino buscando aliados para la realización de nuestros sueños.

9. Pero también tenemos que reconocer que es posible que las comunicaciones fluidas generen distancias; que la globalización oculte los signos germinales del reino; que la autosuficiencia y el aislamiento egoístas sean premiados por el sistema; y que no siempre las alianzas ayuden a realizar nuestros sueños, sino se conviertan en la causa de su frustración.

Llamado común a la colaboración

10. La raíz del dinamismo de la colaboración es bautismal. Así lo ha destacado el Concilio Vaticano II, al poner de relieve la común misión de todos los miembros del Pueblo de Dios. Como bautizadas y bautizados, somos colaboradores de la misión de Jesucristo. Así también lo ha recogido la Iglesia Latinoamericana y del Caribe, al insistir en que toda persona bautizada es discípula-misionera en una Iglesia de comunión y participación (Documento de Aparecida, 213).

11. En virtud del mismo vigor bautismal, la colaboración se extiende más allá de las fronteras visibles de la Iglesia, hacia otros cristianos, hacia creyentes de otras religiones y hacia toda persona de buena voluntad, que toma en serio la construcción de un mundo más humano: “Creámosle al Evangelio que dice que el Reino de Dios ya está presente en el mundo, y está desarrollándose aquí y allá, de diversas maneras: como la semilla pequeña que puede llegar a convertirse en un gran árbol (cf. *Mt* 13,31-32), como el puñado de levadura, que fermenta una gran masa (cf. *Mt* 13,33), y como la buena semilla que crece en medio de la cizaña (cf. *Mt* 13,24-30), y siempre puede sorprendernos gratamente” (*Evangelii Gaudium*, 278). La colaboración a la que invita Dios, es un río de aguas fecundas y toda persona está convocada a sumergirse en su dinamismo creador y redentor.

12. Dentro de este llamado que sentimos como bautizados, la vocación ignaciana se refuerza desde la experiencia de los Ejercicios Espirituales que nos integra creativamente al servicio del reino, a través de tres dinamismos:

una experiencia personal de conocimiento interno de Jesús, que nos lleva a amarlo y a seguirlo más de cerca;

la pertenencia y el compromiso eclesial desde el seno de una comunidad ignaciana, en alguna de sus expresiones;

la orientación de la propia vida a través de un servicio cualificado a la fe, la lucha por la justicia y el diálogo con las culturas y las religiones.

Diversos tipos de colaboración

13. Los modelos de la Iglesia Pueblo de Dios y Cuerpo de Cristo, nos abren al descubrimiento de las distintas funciones de sus miembros, teniendo como base la vocación común a la santidad. Desde nuestra pertenencia a las comunidades cristianas y como llamados a distintos ministerios, todos/as tenemos una tarea particular en la construcción de la vida común.

14. En la comunidad apostólica ignaciana, todos/as somos llamados a ofrecer en la misión común lo que cada uno tiene y puede (Cfr. EE, 231): su trabajo profesional, su oración, su tiempo, su esfuerzo, su saber, su amistad, su experiencia, su sufrimiento, sus recursos, sus límites y debilidades. En suma, todos/as comparten su haber y poseer, en discernimiento, para el cumplimiento

de la misión común. Cada uno cultiva una actitud de apertura y acogida, y está dispuesto a “amar y servir” a Dios y a los demás en todo lo que hace.

15. La colaboración así entendida teje redes y comunidades de múltiples formas y en diversos niveles: colaboran entre sí personas en determinadas obras y/o proyectos comunes; colaboran obras e instituciones, apoyándose y enriqueciéndose mutuamente, y emprendiendo nuevas iniciativas; colaboran entre sí cuerpos apostólicos, en ámbitos locales, regionales, nacionales, internacionales y globales.

16. La colaboración incluye actividades sin remuneración –que podemos llamar voluntarias– así como también tareas remuneradas de modo permanente o temporal, con establecimiento de relaciones laborales. La existencia de compromisos remunerados y no remunerados, plantea un desafío de clarificación, de modo que se reconozcan las dos lógicas aquí involucradas y se eviten las posibles confusiones, los conflictos, las expectativas disímiles e incluso los quiebres. Es necesario seguir avanzando en la clarificación de estos niveles de compromiso, ofreciendo criterios de orientación y discernimiento de las situaciones concretas.

17. Entre los colaboradores asociados a una obra, sea de manera remunerada o no, hay algunos que participan formalmente de funciones directivas de especial responsabilidad institucional. Es necesario atender la formación conjunta para desempeñar estos servicios, el cuidado y acompañamiento de estas personas, así como el avance de su participación en el discernimiento compartido. Convendría que quienes desempeñen estas funciones compartan los valores fundamentales no solo de la obra, sino de la espiritualidad ignaciana.

18. Puede decirse que, desde el punto de vista de la identidad ignaciana, se entiende por colaboración en la misión, el fomento de la articulación y del intercambio entre personas, comunidades e instituciones, en función de la finalidad apostólica. Desde esta perspectiva, en las obras e instituciones pueden encontrarse personas en tres momentos progresivos y dinámicos:

personas que trabajan y ayudan en diversas tareas, de modo permanente o esporádico, empleados, voluntarios, asesores, etc., que cumplen con competencia su misión, desde el punto de vista profesional;

personas que colaboran y sirven de diversas maneras en las obras e instituciones, y simpatizan con la espiritualidad ignaciana, enriqueciendo así su aporte a la misión compartida;

personas que se han formado y comprometido desde una clara identidad ignaciana, entregadas a su vida cristiana de esta manera particular y a la misión común, como exigencia de su propia identidad.

19. El “motor” de esta dinamicidad será la propia decisión de involucrarse en este proceso de mayor compromiso, respondiendo a la llamada de Dios y haciendo

parte de “los que más se querrán afectar y señalar en todo servicio de su rey eterno y señor universal” (EE 97).

La colaboración exige generosidad y produce alegría

20. Estamos convencidos de que el espíritu de colaboración que debe animar nuestro servicio hoy, no será solo el resultado de una planificación compartida de la misión, sino sobre todo una respuesta generosa a la invitación que Dios sigue haciendo a todos/as a unirnos a su proyecto creador y salvador y que nos hace salir de nuestro “propio amor, querer e interés” (EE, 189).

21. Luchar contra las fuerzas que nos encierran en nosotros mismos, y abrirnos a la dinámica de Dios, supone siempre la generosidad de aquel que ha encontrado un tesoro y es capaz de venderlo todo con alegría, para comprar aquel campo en el que se encuentra su tesoro (Cfr. Mateo 13, 44).

Conclusión

22. Dada la trascendencia de la colaboración, es clara la importancia que tiene la formación de todos/as en esta dinámica espiritual que hemos propuesto y la dedicación de recursos humanos y económicos para promoverla en nuestras provincias. Hay que ofrecer programas de formación conjunta, que entreguen herramientas para desarrollar relaciones y modos de trabajo colaborativos, atendiendo al establecimiento de condiciones adecuadas para ello. Es importante identificar y acoger la riqueza de la formación profesional en todas sus formas, para integrarla a los procesos de servicio de la misión común.

23. Es especialmente importante la promoción de la vida comunitaria laical, en todas las expresiones que suscita de modo permanente el Espíritu, pues es un apoyo indispensable para la animación y el sostenimiento del compromiso en la colaboración en la misión.

24. Recordamos, para terminar, lo que dice la CG 35^a.: “Para responder hoy a las acuciantes necesidades de nuestro complejo y frágil mundo, necesitamos sin duda muchas manos. La colaboración en la misión es nuestra respuesta a esta situación: expresa nuestra verdadera identidad como miembros de la Iglesia, la complementariedad de nuestras diversas vocaciones a la santidad, nuestra mutua responsabilidad por la misión de Cristo, nuestro deseo de unirnos a las personas de buena voluntad en el servicio de la familia humana y la llegada del Reino de Dios” (D 6, 30).

Oración para la colaboración

*Padre Bueno,
nos hemos reunido hoy aquí
para gastar tu tiempo
contemplando tu Palabra
que se hace historia.
Queremos reconocer en nuestras vidas
tu invitación a construir
el mundo
desde la experiencia
de nuestra limitación.
Nos creaste pobres y pequeños,
para que no nos bastáramos
a nosotros mismos,
para que buscáramos,
como Tú,
al Otro.
Pero sentimos el peligro del aislamiento,
de la soledad,
del camino vacío de rostros y miradas.
Con frecuencia
nos sentimos 'señores' del trabajo,
de la acción,
de la entrega.
Olvidamos tu propuesta:
Tu creaste el universo en compañía;
salvas a los pueblos en equipo;
siempre cuentas con nosotros
para realizar la liberación.
Enséñanos, Señor,
a no creernos absolutos,
a realizar nuestras tareas en equipo,
contando con el otro,
pensando acompañados,
sirviendo no al proyecto individual
de nuestra pequeñez,
sino el proyecto colectivo
de la libertad.
AMÉN*